

“Nosotros los literatos, sabemos, debemos saber, porque es el principio del conocimiento de nuestra profesión, que lo irreal es más que lo real, que no hay nada más real que lo irreal..”

Sh. Anderson

LA HORMIGA *

(Variaciones sobre un tema popular)

Salió y abrió los ojos como si por primera vez en su vida y ya adulto, viera la maravilla del mundo exterior: una calle bordeada de árboles; autos y camiones, un girón de barrio, pero, sobre todo, la perspectiva estirada de la calle y al fondo, arriba, más allá, en cualquier dirección hacia donde se mirara, un horizonte de hojas y cielo.

Escuchó el golpe de la puerta que cerraban a sus espaldas y volviéndose apenas, dijo: chau. No le contestaron y empezó a caminar. Al rato se sintió mareado y debió apoyarse sobre un tapial desteñido, junto a un cartel donde un hombre y una mujer se besaban con deseo. Sonrió dándose cuenta de cómo revivía el deseo en su cuerpo. En realidad, se dio cuenta que todos los deseos imaginables revivían en su cuerpo: los sintió arder en las manos, en la boca, en el estómago. Respiró fuerte un aire con olor a floración nueva y aceite quemado. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Sacó un cigarrillo y detuvo a un hombre que pasaba. Le dijo: ¿me da fuego? El otro arrimó el cigarrillo. Aspiró una bocanada y luego agregó: Gracias (sintiendo ganas de ser cordial). El hombre, que ya se alejaba, le contestó: no hay de qué.

Después, como si hubiera recordado algo urgente, empezó a caminar ligero. Golpeó un buzón al pasar, hizo un zig-zag entre los autos detenidos en la esquina y siguió. Era temprano y andaban los verduleros y los lecheros. Las calles estaban limpias todavía y el aire fresco, ahora con olor a madrugada. Los chicos iban a la escuela, cantando y gritando en grupos. Él miraba y sonreía. Cada tanto debía detenerse a recobrar fuerzas y al tiempo continuaba caminando. Así anduvo tres o cuatro horas, pero sin rumbo. Iba adonde le placía, sin volver nunca sobre sus pasos, avanzando siempre. De vez en cuando, sacaba un cigarrillo y pedía fuego.

Estaba sentado en el banco de una plaza, cuando recordó algo. Metió los dedos en un bolsillo del chaleco, cuidadosamente, y sacó de allí una hormiga. La hormiga caminó sobre su mano y se detuvo, moviendo las antenas, como extasiada. La puso sobre el banco y luego en tierra y la dejó caminar un trecho. Cuando le acometió el hambre, volvió a guardar la hormiga en el bolsillo, diciéndole: un momento, nada más. Y fue en busca de un comedor. Sin apuro, eligió uno que le agradó por su aspecto y entró. Eligió la

mesa que estaba pegada a la vidriera, para ver la calle. El patrón le preguntó: ¿qué se sirve? Sin mirar la lista que ofrecía, pidió lo que deseaba y había pensado antes muchas veces. Después, mientras esperaba, volvió a sacar la hormiga y la dejó caminando sobre el mantel blanco. Ella parecía contenta. Era el único recuerdo amable de la cárcel...

La hormiga entró a la celda al noveno año de condena. Él la había tomado y encerrado en una caja. Luego empezó a adiestrarla. Le enseñó a obedecer sus chistidos, a caminar y detenerse según sus órdenes, a hacer equilibrio sobre un hilo, a caminar por la celda sin salir de ella y muchas otras cosas. Hasta llegó a imaginarse que alguna vez la hormiga llegaría a hablar y a cantar en su idioma, y soñaba a menudo con eso. Y, en efecto, una mañana la oyó hablar y cantar en su idioma, y entendió lo que hablaba y cantaba. Admirado, le dijo: Eres única en el mundo. Juntos vamos a gozar de la libertad, a su tiempo. Era lo mejor que podía ofrecerle, y lo hizo. Ella le respondió: No soy única en el mundo, pues como yo hay millones. En cuanto a la libertad que me ofrecés, es absurda para mí. Él le contestó: No sé cómo la libertad puede ser absurda, eso no lo entiendo. Pensó que la hormiga, al fin y al cabo, tenía sus limitaciones, y no hizo comentarios aunque se sintió preocupado al oír eso. Sin embargo pensó: todavía me quedan dos años. Después veremos.

Durante ese tiempo la hormiga fue su única compañía y conversaron a menudo. Cierta día le preguntó: quiero saber si te quedas porque yo te ordeno o porque quieres. Ella dijo: por las dos cosas. No entiendo -dijo él. Y ella contestó: sin embargo es claro: me sorprendes tanto como yo a ti y me agradas, por eso tu voluntad no me pesa. Luego hablaron de la sociedad de los hombres y de las hormigas. Él preguntó: ¿Es cierto que vivías en una sociedad perfecta? Ella dijo: vivía en una sociedad organizada, ¿y tú?. Él respondió: yo no, agregando: ¿Y es justa la sociedad donde vivías? Ella, después de pensarlo, dijo: creo que sí, ¿y la tuya? El contestó enseguida: no. Ella dijo: ¿Cómo puedes hablar de libertad, entonces? Y él: es una ilusión, ¿y tú, eres libre? Ella: no ¿y tú? Él: ya ves que no, pero podría ser libre. El hombre podría ser libre, estoy seguro. Ella: ¿Por qué no es libre el hombre? El dijo: intereses...

Conversando con la hormiga, se fue despojando de los fantasmas que lo acosaban. Alentó esperanzas nuevas sobre la vida, la bondad, el amor y también sobre los hombres. Olvidó el delito que durante tanto tiempo lo había hostigado sin descanso, y también aquella frase de la sentencia: "El exceso de libertad pervierte al hombre".

Lo cierto es que durante esos dos años, él había encontrado una manera de ocupar su pensamiento y que, con su simplicidad, la hormiga le había enseñado a olvidar los agravios y las humillaciones, a ser tolerante, a esperar con anhelo y sin resentimientos lo que él llamaba "el día de mi liberación". Más adelante, muchas veces, comprobaría que la libertad es algo más que una puerta que alguien abre para dar paso a otro; algo que cada uno busca entre sus iguales y consigue -o no consigue- junto con sus iguales, pues nadie da la libertad -aunque la ofrezca abriendo una puerta-, a quien no es su igual en pensamiento y condición. Eso también lo aprendería de la hormiga, o quizás no de ella, sino de su primer contacto con el mundo, luego de catorce años de cárcel.

Taconeando sobre el piso de madera se acercó el patrón con un plato en alto, y lo sacó de sus recuerdos. Entonces, señalando la hormiga, él dijo con orgullo: ¡Vea usted! El patrón preguntó: ¿Qué cosa? Él respondió: ¡Una hormiga! El patrón lo miró, y mostrando en una sonrisa sus dientes irregulares, agregó: usted está jugando con fuego.

Él preguntó: ¿por qué? Y el patrón: porque este final está previsto. En una fábula popular, yo aplasto a la hormiga y la sacudo del mantel, diciendo: disculpe señor. Lo he leído en alguna parte. El hombre tapó la hormiga con su mano y dijo: pero usted no hará eso. El patrón contestó: por supuesto que no. Después de una pausa y acercándose como para hacer una confidencia, agregó: preferiría comprarla... El hombre, sin retirar la mano: no está en venta. El patrón, con aire de complicidad, preguntó: ¿piensa ganar mucha plata haciéndola trabajar en su provecho? El hombre lo miró desconcertado y después dijo: no, sería un crimen. El patrón dejó el plato sobre la mesa y haciendo un gesto de fastidio, respondió: no crea...

Según la tradición, levemente modificada, el cuento termina aquí. Pero se conoce un epílogo, que es el siguiente: luego de almorzar, el hombre volvió a la plaza y soltó la hormiga para que retozara. Fatigado por la extensa caminata de la mañana y amodorrado por la buena comida, se dejó llevar por un sueño liviano. Al despertar, vio que una trajinante columna de hormigas, cargada de brotes, pasaba a sus pies y se perdía más allá, bajo el césped del cantero. Levantóse de un salto, abrumado por un presentimiento, y chistó y llamó a su animalito sin que éste respondiera. De rodillas, trató de reconocerla entre todas, pero inútilmente. Al tiempo recordó que la hormiga le había dicho alguna vez: “como yo hay millones. En cuanto a la libertad que me ofreces...”, y abandonó la búsqueda. Con pena emprendió la marcha y desapareció entre la muchedumbre, confundido él también entre millones.

** Cuento publicado por primera vez en El Litoral, el 31 de diciembre de 1956 y luego en el libro “Narraciones y poemas”, en 2000.*